

muy caras. Una gloria que empieza por el diez y ocho de Brumario matando la libertad y que acaba por el año quince destrozando la nación francesa, enflaquecida, exhausta, bajo el doble peso del despotismo y de la guerra, es una gloria bien fúnebre. El pedestal de Napoleon es la ruina de Francia. Y al pié de su estatua todavía yacen cuarenta millones de hombres encadenados como si el despotismo se hubiese escapado de la tumba de ese genio, para ceñirse como una corona inmortal los resplandores de su funesta gloria. Pero ese recuento de los títulos de la dinastía; de los veinte millones de votos que en diversas circunstancias recibieran los dos representantes del bonapartismo en el mundo, ¿no indica verdaderamente que Francia iba olvidándose de sus propios votos? Si tan presentes los hubiese tenido, de seguro no se los recuerda un hombre de suyo hábil como Napoleon III. Si ha querido decir que el país ha fundado la dinastía por su voluntad, ha dicho al mismo tiempo que esa voluntad puede cambiar. El folleto «Los títulos de la dinastía,» me probaba que el Emperador estimaba en toda su gravedad ese cambio de la opinión. Como decía melancólicamente Mr. Rohuer en una de las últimas sesiones del Cuerpo Legislativo: han muerto la mitad casi de los que votaron el segundo Imperio.

Y á las nuevas generaciones se les ha preguntado su opinión sobre las cosas secundarias; pero no se les ha preguntado su opinión sobre las bases fundamentales del Imperio. Y las generaciones pasadas pueden enagenar su propia voluntad, pero no pueden enagenar la voluntad de las generaciones futuras. Así es, que aun admitiendo la idea ya atrasada y reaccionaria de que la democracia sea tan solo un gobierno fundado sobre la voluntad nacional, en tales bases, en tales apoteogmas no se pueden fundar los gobiernos hereditarios y permanentes. Todavía cuadrarán á los franceses las cualidades que admirablemente descubrió en ellos Julio César: la

movilidad, la gracia, la elocuencia, el ingenio agudo, la ironía, el furor en el empuje, la debilidad en la resistencia, el entusiasmo súbito y el descorazonamiento fácil, la inconstancia. Y estas cualidades del gran país, algunas sobresalientes, otras débiles, pero todas notables, no le hacen muy idóneo para sufrir largo tiempo un gobierno ya sea bueno, ya sea malo. Yo estudiaba entonces el movimiento de la política en Francia sin tener el interés que tengo en el movimiento de la política española; y por consecuencia, yo era imparcial y decía con los ojos puestos en la conciencia, que la opinión cambiaba radicalmente, apasionándose cada día más de la libertad y volviendo cada día más sus recuerdos y sus esperanzas hácia la República.

Se había dicho que este gobierno, el gobierno republicano, amenazaba la propiedad con la utopía socialista; y las clases acomodadas vieron disiparse en humo su fortuna con la utopía militar y cesárea. Ochocientos millones de francos más que la República gastaba el Imperio. Solamente la ciudad de París había adquirido una deuda casi tan crecida como la insoportable deuda de España. Se decía al pueblo que su trabajo iba á ser bien retribuido por un Estado omnipotente, rico. Y vió el pueblo burladas todas estas fantásticas esperanzas; enriquecida una aristocracia burocrática; aumentado el presupuesto que pesa principalmente sobre su trabajo; ahogadas sus quejas en forzoso silencio impuesto por innumerables esbirros, necesitando ocultar muchas veces las asociaciones consagradas al alivio de su miseria, como si fueran una conjuración ó un crimen.

Pero el síntoma peor que había en los tres años de 1867, 1868 y 1869 contra el Imperio, era el odio de la juventud, odio implacable, odio inextinguible, en el cual se veía dibujarse su inevitable muerte. Los senadores reconocían públicamente este odio, y los cardenales lo achacaban á las ideas materialistas vertidas en la Escuela de Medicina, contra la

cual reclamaban no los rigores de la ley, los rigores de la arbitrariedad, los rigores de la censura.

El decano de Medicina publicó notabilísima carta con este extraño motivo. En ella, nada de temores ridículos, nada de protestas hipócritas: una noble entereza para reclamar el derecho absoluto de la ciencia á ejercer su criterio sin preocuparse de las ideas ó de las instituciones que pueda herir; y una reivindicación dignísima de la primera de las libertades, de aquella sin la cual es como una sombra el Universo, de la libertad de conciencia. Y os digo que era tan extraña semejante entereza, tan raro el hombre que desde un puesto oficial sabía defender los derechos científicos cuando los atropellan gentes poderosas como los cardenales franceses, que tuve la carta del decano de Medicina por señal vivísima de la vitalidad del genio francés, de este genio que ha limpiado mil veces de sombras la conciencia humana.

Si el ministro de Instrucción pública hubiese observado esta conducta impuesta por la altísima dignidad ejercida al frente de uno de los primeros pueblos del mundo, no diera de sí tan mala idea como dió á todo observador imparcial, y no arrojara lo más alto, lo más divino de la creación, el espíritu, la ciencia, como una alfombra, á los piés de los reaccionarios para que la pisoteasen y la ocupiesen. La verdad es que las ciencias físicas obedecen principalmente á la razón y á la experiencia como las ciencias metafísicas á la indagación y al raciocinio. Si de estas indagaciones y de estas experiencias resulta que el planeta es muy viejo; que su principio fué la materia incandescente; que su forma es la esfera; que hay antípodas á pesar de San Agustín; que el sol está inmóvil á pesar de Josué; que todos los hombres son iguales á pesar de esos cánones creadores de una aristocracia moral; que el pensamiento es libre á pesar del *Syllabus*; si los cuatro elementos aristotélicos elevados á dogma por la escolás-

tica se descomponen por la química moderna en impalpables gases, y el rayo obedece al mandato humano, yéndose, encadenado por el hereje Franklin, al fondo de la tierra; y el planeta á cada rebelión de la conciencia contra las antiguas preocupaciones recibe una nueva perfección y se empapa por todos sus poros en mares de nueva luz; esto querrá decir que Dios ha puesto la verdad humana en el seno de la razón libre, y que esta libertad de la razón es el más grande, el más necesario y el más civilizador de todos los derechos.

La cuestión de la libertad de pensar agitó un poco los ánimos; y luego todo volvió á su antiguo orden, á su natural y sosegado curso. Las fiestas de Rouen sucedieron á las fiestas de Orleans. El público no habló de las nuevas fiestas porque el Emperador no había prometido hablar en ellas. Por consiguiente se redujo todo á recepciones oficiales, discursos aprendidos de memoria, banquetes múltiples, exposiciones de industria, bailes de etiqueta, entradas triunfales por calles henchidas de gentes, y repartición de esas cruces de la Legión de Honor por las cuales tanto suspiran los nietos de los antiguos republicanos. El Emperador debía contestar al cardenal Bonnechose que acababa en el Senado de sostener ruidosa campaña en nombre de la Iglesia contra la ciencia del gobierno. Esperábase que indirectamente el jefe del Estado hubiera dirigido alguna diplomática reconvencción al príncipe de la Iglesia. Pero el Emperador fué prudentísimo y sólo dijo en muy concisas palabras; que la religión eleva el espíritu sobre los intereses materiales y que su santa causa debe unirse á los progresos modernos.

La manifestación que ocupaba especialmente á la prensa por el mes de Agosto de 1867 era la manifestación habida en la Sorbona. Celebrábase el certámen de premios en la Universidad. El ministro de Instrucción Pública decía en voz alta los premiados, y el príncipe Imperial les entregaba el premio. Los

jóvenes acudían todos á recibir sus diplomas. De pronto suena un nombre que recuerda una época, un nombre que recuerda la República perdida, la República llorada, la República, á cuya imagen todos vuelven los ojos como buscando en ella la libertad. El nombre es Cavaignac, el premiado es hijo del general republicano, de aquel que teniendo el poder supremo, lo entregó á Bonaparte en cuanto el pueblo lo nombró presidente de la República, y que luego recibió de Bonaparte la prisión y el destierro en el día en que Bonaparte dió el golpe de estado contra la República. En cuanto la concurrencia oyó el nombre de Cavaignac, prorumpió en una salva de aplausos. Pero el joven se levantó, saludó, y como hijo de Cavaignac, no quiso recibir el diploma de manos del hijo de Bonaparte. Once veces le llamaron y once veces rehusó. Si hubiera podido dudar, su madre estaba allí, la viuda fiel á la memoria querida del hombre ultrajado por el Imperio; la madre, que retenía á su hijo con la mirada y con el gesto. Y como los sentimientos de familia son tan poderosos, como la imagen de una madre y de una viuda es tan santa, como el amor filial está en todos los corazones verdaderamente humanos, como el recuerdo de la República es tan vivo en Francia, sublime en medio de su decadencia, poderosa todavía porque no se ha apagado el resplandor de las ideas revolucionarias en su frente donde leemos aun los principios del derecho moderno; todos estos sentimientos y todas estas ideas arrancaron un aplauso unánime, entusiasta, universal hacia el joven fiel á los penates del hogar y al genio de la libertad.

El gobierno expulsó de los institutos á los jóvenes que más se distinguieron y más se esforzaron en poner de relieve aquella manifestación gravísima, de enseñanzas aterradoras, porque mostraba al príncipe heredero la generación con que se podría encontrar si llegaba al Imperio. ¡Pero, qué sacó el Imperio con castigar tan duramente á jóve-

nes entusiastas? El príncipe estudiaba en uno de los Liceos; pero estudiaba nominalmente, siguiendo los cursos en su propio palacio. Optó á los premios, y obtuvo uno en matemáticas. Mas no había hecho sus ejercicios en el aula, encerrado como los demás estudiantes, sino libre, y en su casa. El colegio entero protestó contra el premio, y la protesta debió alcanzar tal unanimidad, que el nombre del heredero del Imperio no fué proclamado en público por temor á una ruidosa manifestación.

El problema de aliar el gobierno personal con la libertad es un problema de todo punto insoluble, porque son dos principios contradictorios y no pueden vivir sino perdiendo el uno lo que gane el otro, hasta el día supremo en que el gobierno personal dé un nuevo golpe de estado contra la libertad, ó la libertad escriba con sangre de sus hijos en las piedras de las calles la protesta de la revolución contra el gobierno personal.

Corría entonces un libro anónimo sobre la segunda República. El éxito de este sencillo libro, fué inmenso. Todo el mundo convenía, al evocar estos grandes recuerdos, que la República, pervertida y todo como estaba desde su origen, explotada por los teócratas y los orleanistas, podía reformarse, podía traer la paz y la libertad con las grandes instituciones encerradas en su seno, mientras el Imperio, concebido en las sombras, victorioso por un golpe de estado que hirió todas las leyes, traído, no por el llamamiento del pueblo, sino por las bayonetas de los soldados, no podía reformarse; y condenaba á Francia al sacrificio de pasar nuevamente entre las llamas de una revolución.

Sí, aquel día cayeron con la República las esperanzas de nuestra generación, la libertad del pensamiento, los derechos de todos los pueblos oprimidos; y se abrió un nuevo horizonte cargado de guerras que se avanzaban tronando y amenazándonos con toda suerte de calamidades y catástrofes. Los Estados- Unidos de Europa, que tan fáciles serían bajo

la idea de la libertad, se alejan ahuyentados por las preocupaciones de la diplomacia y por la ambición de los reyes. Y un movimiento de la opinión cada día más vivo, cada día más impetuoso, se habrá convertido en siniestra nube allá en los profundos senos de su conciencia. El descontento crecía de una madera espantosa. Y lo más formidable del caso era que ese descontento elegía la legalidad para manifestarse. Ved la virtud de los principios democráticos. En el sufragio universal estaba la mayor válvula de seguridad que tenía el Imperio. Mal organizado, mal dirigido, aplastado bajo el inmenso peso de la centralización política y administrativa una daba esperanza de poder despedir pacíficamente al aborrecido Imperio.

Emilio Ollivier, que excitaba al Emperador á sostenerse en el camino de la libertad, lanzaba extrañas teorías á la sazón para aliar con la libertad el Imperio. Aristóteles ha dicho que los gobiernos puros están muy cerca de perecer por exceso. El exceso de la monarquía es la tiranía. El exceso de la aristocracia la oligarquía. El exceso de la democracia la demagogia. Pues reunid los tres elementos, decía Ollivier, y llevará cada uno lo mejor. La Constitución francesa es por el César una monarquía, por el Senado una aristocracia, por el sufragio universal una democracia. Prescindiendo de que si sumais tres elementos, no sé por qué sumando sus ventajas, no habeis también de sumar sus defectos; prescindiendo de que tantos elementos contrarios han por fuerza de desarrollar una guerra interior en la Constitución; prescindiendo de todo esto, no reúne Ollivier tres elementos, reúne tres sofismas. El César no es monarca,

sino dictador. El Senado no es aristocracia, sino burocracia. Y el sufragio universal sin descentralización no es la democracia, sino el envilecimiento de la democracia. Esa mixtura es la mixtura de las tres mentiras. Esa mixtura es, no la química, sino la alquimia de la política. Y en esa alquimia no encontrará Ollivier el oro que necesita para forjar una corona al heredero del César.

Pretender que sea democrática una Constitución que deja al jefe del Estado, entre otras facultades absurdas por excesivas, la de declarar la paz ó la guerra, lo cual pone siempre á su arbitrio la vida y la hacienda de los ciudadanos; pretender que sea democrática una Constitución que deja á ese mismo jefe del Estado el disolver cuando le parezca el Cuerpo Legislativo; pretender que sea democrática una Constitución que comparte las facultades de la representación nacional entre dos Cámaras de las cuales una proviene siempre de la elección de la Corona; pretender que sea eso una democracia, el advenimiento por la libertad y la igualdad, por el derecho y la justicia, de todos los ciudadanos á la vida pública, me parece una de esas indignas sofisterías, de las cuales se reirá la conciencia humana, que no ha perdido aún aquellos ojos espirituales con que distingue el bien del mal en la vida.

Así es que nadie hacía caso de estos sofismas y la oposición continuaba enconándose, cada día más exacerbada é implacable. El César había querido poner sobre su manto de tribuno iba á quemar y á consumir sus carnes entre el horror del género humano y las eternas maldiciones de la historia.